

«Una mezcla de 'El arco iris de gravedad' de Pynchon y 'El señor de los anillos' de Tolkien, llena de alusiones y rebosante de imaginación, compleja y entretenida. Metafórica hasta la extravagancia y sembrada de simbolismo.» —*The New York Times*

CLIVE BARKER



EL GRAN
ESPECTÁCULO
SECRETO

Cuatro chicas son violadas por dos extraños hombres mientras se bañan desnudas en un lago. Pocos meses después alumbran criaturas extraordinarias: unas, hijas de las tinieblas y la depravación; otras, hijas de la luz y la bondad. En una pequeña ciudad de California se producirá un combate mortal entre fuerzas ancestrales de distinto signo, y nada volverá a ser como antes... Una incursión por los territorios del horror más descarnado.

«He visto el futuro del horror, y su nombre es Clive Barker. Es tan bueno que casi no tengo palabras para expresarlo. Al leer sus libros, presiento que los restantes escritores de terror hemos estado dormidos durante los últimos diez años». Stephen King.

*«Recuerdo, profecía y fantasía; el pasado,
el futuro y el instante de ensueño entre ellos,
son un solo lugar y un solo día inmortal».*

Saber esto es sabiduría.
Usarlo es el arte.

Primera Parte:

El mensajero

I

Homer abrió la puerta.

—Vamos, entra Randolph.

Jaffe odiaba aquella forma que tenía de decir *Randolph*, como si Homer conociese todos los malditos crímenes que Jaffe había cometido, desde el primero, y más pequeño de todos.

—¿A qué esperas? —insistió Homer, al observar el aire desganado de Jaffe—. Tienes trabajo que hacer; cuanto más pronto empieces, antes te conseguiré más.

Randolph entró en la habitación. Era amplia y estaba pintada de amarillo bilioso y el gris de los barcos de guerra, como todos los demás despachos y pasillos de la Oficina Central de Correos de Omaha. No se veía mucho de las paredes. A ambos lados, y hasta una altura superior a la de la cabeza, estaba apilado el correo. Sacas, bolsas, cajas y carritos llenos aparecían desparramados por el frío suelo de cemento.

—Cartas muertas —dijo Homer—, lo que ni aun el magnífico servicio de correos estadounidense es capaz de repartir. ¡Menuda perspectiva!

Jaffe se sentía agobiado, pero se esforzaba en no demostrarlo; en que no se le notase nada, sobre todo cuando se hallaba con tipos como Homer.

—Todo esto es tuyo, Randolph —dijo su superior—, tu pequeño trocito del cielo.

—¿Y qué tengo que hacer con ello? —preguntó Jaffe.

—Clasificarlo, abrirlo, y mirarlo, por si hay alguna cosa importante, no vayamos a terminar echando al fuego un di-

nero precioso.

—¿Es que tienen dinero?

—Algunas, quizá —dijo Homer, haciendo un visaje—, pero la mayor parte es correo perdido, material que la gente no quiere, y entonces, lo devuelve al sistema. Algunas llevan las señas equivocadas, y han estado volando de acá para allá, hasta que, al final, terminan en Nebraska. Y no me preguntes el porqué, pero lo cierto es que cuando no saben qué hacer con algo, lo mandan a Omaha.

—Está en el centro del país —observó Jaffe—: a caballo entre el Oeste y el Este.

—No es el maldito centro —especificó Homer—, pero, aun así, vamos a terminar con toda esta mierda. Tendrás que clasificarlo a mano.

—¿Todo? —preguntó Jaffe, que se vio frente a dos, tres, hasta cuatro, semanas de trabajo.

—Todo —insistió Homer, sin cuidarse de ocultar la satisfacción que sentía—. Todo tuyo; pero te harás rápidamente con ello. Si el sobre tiene algún distintivo gubernamental, lo pones en el montón de quemar. No se te ocurra abrirlo. ¡No jodamos, eh! Todo lo demás lo abres, nunca se sabe qué podemos hallar. —Sonrió con aire de conspirador—. Lo que encontremos, nos lo *repartiremos* —añadió.

Jaffe llevaba nueve días trabajando en Correos, pero ese tiempo le había bastado, y con creces, para darse cuenta de que mucha correspondencia era interceptada por los repartidores, los cuales abrían los paquetes, robaban su contenido, se cobraban los cheques y se reían de las cartas de amor.

—Yo vendré por aquí con regularidad —advirtió Homer—, de modo que no trates de ocultarme nada. Tengo olfato para el material. Sé cuándo hay dinero en un sobre, y sé también si tenemos un ladrón en el equipo. ¿Me oyes? Poseo un sexto sentido, así que no te pases de listo, capullo, porque eso no nos haría ninguna gracia ni a los chicos ni a mí; y tú quieres ser uno del equipo, ¿verdad? —Puso una

mano, grande y pesada, sobre el hombro de Jaffe—. Reparte, y reparte por igual, ¿de acuerdo?

—Ya te he oído —repuso Jaffe.

—Bien —dijo Homer y abrió los brazos hacia el panorama de montones de sacos—. Es todo tuyo.

Y se marchó, entre sonrisas y resoplidos.

«Uno del equipo», pensó Jaffe cuando oyó el ruido de la puerta al cerrarse; eso jamás lo sería. No pensaba decírselo a Homer. Se había dejado mandar por él, había representado el papel de esclavo sumiso. ¿Y en su corazón? Él tenía otros planes, otras ambiciones.

El problema estaba en que no había avanzado nada en la consecución de esas ambiciones desde que tenía veinte años. Y ahora, con treinta y siete, cerca ya de los treinta y ocho, no era el tipo de hombre al que las mujeres miran más de una vez, ni poseía esa personalidad que la gente encuentra atractiva. Había perdido el cabello, como su padre. Calvo a los cuarenta, de eso no le cabía duda alguna, sin mujer, y con poco más que lo justo para una cerveza en el bolsillo, porque nunca había sido capaz de conservar un trabajo durante más de un año, dieciocho meses a lo sumo, y siempre afuera, de modo que nunca había podido ascender en los escalafones.

Procuraba no pensar demasiado en ellos, ya que, cuando lo hacía, empezaba a sentir un vehemente deseo de hacer daño, y casi siempre era a sí mismo a quien se lo causaba. Sería sencillo. Un revólver en la boca, cosquilleando la parte de atrás del paladar. Adelante, y ¡Hecho! Ni una nota. Ni una explicación. Además, ¿qué iba a escribir?: *¿Me mato porque no he conseguido ser Rey del Mundo?* ¡Ridículo!

Pero... eso era lo que él deseaba. Nunca había sabido cómo, no tenía la menor idea de qué camino debía tomar, mas ésa era la ambición que le atenazaba desde siempre. Otras personas salen de la nada, ¿verdad? Mesías, presidentes, estrellas de cine. Todos se impulsaban a sí mismos para salir del fango, como los peces, cuando decidieron

darse un paseo por la Tierra: les crecieron patas, respiraron aire, y se transformaron en algo más de lo que habían sido. Si los jodidos peces lograron una cosa así, ¿por qué no iba él a poder? Pero tenía que ser rápido, antes de que cumpliera los cuarenta. Antes de quedarse calvo por completo. Antes de morir, desapareciendo sin dejar a nadie que lo recordase, excepto como se recuerda a un tonto del culo sin nombre que pasó tres semanas en el invierno de 1969 en una habitación llena de cartas perdidas, abriendo un correo huérfano en busca de billetes de dólar. ¡Menudo epitafio!

Se sentó y miró la tarea que se amontonaba frente a él.

«¡Jódete!», dijo para sí, refiriéndose a Homer, y también al volumen total de mierda que se levantaba ante sus ojos. Pero, sobre todo, refiriéndose a sí mismo.

Al principio fue una tarea ingrata. El mismísimo infierno día tras día, a vueltas con las sacas.

Los montones no parecían menguar ya que Homer llegaba constantemente, sonriendo con sorna, a la cabeza de peones con más bolsas llenas de cartas.

Primero, Jaffe separaba los sobres interesantes (abultados; que sonaban; perfumados) de los anodinos; después, la correspondencia oficial de la privada, y los que tenían garabatos de los de membrete. Una vez hecho eso, empezaba a abrir sobres. La primera semana, con los dedos, hasta que le empezaron a salir ampollas; entonces, usaba un cuchillo de hoja corta que se había comprado con este objeto, y excavaba en el interior como un buscador de perlas, aunque sin encontrar nada la mayor parte de las veces. Algunas, como Homer le había anunciado que ocurriría, encontraba un cheque, y entonces, cumpliendo con su deber, lo declaraba a su jefe.

—Se te da muy bien esto —comentó Homer después de la segunda semana—; eres bueno de veras. Quizá te coloque fijo, a jornada completa.

Randolph hubiera querido mandarle a tomar por el culo, pero ya lo había hecho con muchos otros jefes, que lo habían despedido de inmediato, y no se podía permitir el lujo de *perder* también ese trabajo, sobre todo si tenía que pagar el alquiler y caldear su apartamento, de una sola habitación, que le costaba una fortuna. Por lo menos mientras siguiese nevando. Además, algo le estaba ocurriendo mientras pasaba sus solitarias horas en la habitación de las cartas perdidas, algo que, al final de la tercera semana, le hizo empezar a disfrutar, y a comprender cuando la séptima acabó.

Jaffe se encontraba en la encrucijada de Estados Unidos.

Homer tenía razón. Omaha, Nebraska, no era el centro geográfico del país, pero, por lo que a Correos se refería, hubiera podido serlo.

Las líneas de comunicación se cruzaban y se entrecruzaban, para finalmente, dejar allí a sus huérfanos, porque nadie los quería en el resto del país. Esas cartas habían sido enviadas de costa a costa en busca de la persona que las abriera, pero no habían encontrado a alguien dispuesto a hacerlo. Finalmente había ido a parar a manos de Randolph Ernest Jaffe, un donnadie calvo, con ambiciones nunca declaradas y furor nunca expresado, que las abría con su pequeño cuchillo y cuyos ojillos las escudriñaban. Sentado en su encrucijada empezaba a contemplar el rostro íntimo, escondido, del país.

Había cartas de amor, cartas de odio, misivas exigiendo rescate, súplicas, cuartillas en las que los hombres habían dibujado sus pollas, tarjetas de san Valentín con vello púbico, chantaje a las viudas; periodistas, buscavidas, abogados y senadores; correspondencia de mierda y notas de suicidas; novelas perdidas, cartas en cadena y sumarios; regalos sin entregar, regalos rechazados, cartas lanzadas a la selva como botellas al mar desde una isla, con la esperanza de

encontrar ayuda, poemas, amenazas y recetas. Todo y mucho más.

Pero todas estas cosas eran lo de menos; en algunas ocasiones las cartas de amor le hacían sudar, y las notas de rescate le inducían a preguntarse si su remitente, al no recibir respuesta, habría asesinado a quien tuviera de rehén; las historias de amor y muerte le impresionaban sólo de manera fugaz. Mucho más persuasiva, y más emocionante, era otra historia que no podía ser articulada con tanta facilidad.

Sentado en la encrucijada del país, Jaffe empezó a comprender que Estados Unidos tenía una vida secreta; una vida que él ni siquiera había intuido. Amor y muerte, eso ya lo sabía. El amor y la muerte eran los grandes lugares comunes, las obsesiones gemelas de canciones y óperas dulzonas. Pero había otra vida, que se insinuaba cada cuarenta o cincuenta o cien cartas, y a cada mil se definía con claridad lunática. Cuando lo decían con sencillez, no era la verdad completa, aunque sí el principio, y cada uno de los que las escribían tenía su loca manera de afirmar algo que no se podía afirmar.

Lo que Jaffe sacó en conclusión fue que el mundo no era lo que parecía. No lo era ni por lo más *remoto*. Fuerzas gubernamentales, religiosas o médicas conspiraban y silenciaban o encerraban a aquellos que tenían algo más que una ligera idea del hecho, mas no podían amordazar o encarcelar a todos. Había hombres y mujeres que se escapaban de las redes, a pesar de lo amplias que éstas fueran; personas que encontraban caminos apartados por los que viajar (en los que sus perseguidores se extraviaban), y casas a lo largo del camino donde otros visionarios *como ellos* les daban de comer y calmaban su red, dispuestos a alejar a los perros que llegaban humeando. Esas personas no confiaban en los teléfonos, ni se atrevían a reunirse en grupos de más de dos por temor a llamar la atención. Pero *escribían*. Algunas veces parecía que *necesitaran* hacerlo, como si los secretos que guardaban tan bien fuesen demasiado

ardientes y abrasasen cuanto encontraban a su paso. O porque sabían que sus perseguidores les pisaban los talones, y no tenían otra oportunidad de describirse el mundo a sí mismos antes de que los atrapasen, los drogasen y los encerrasen. En ocasiones, Jaffe percibía una alegría subversiva en aquellos garabatos, adrede mandados a señas vagas con la esperanza de que dejaran atónito al inocente que los recibiera por pura casualidad. Algunas de estas misivas eran como desvaríos torrenciales de consciencia; otras, en cambio, eran concisas, incluso clínicas, descripciones de los cambios que el mundo interior sufre por medio de la magia sexual, o comiendo setas. No faltaban las que utilizaban un absurdo estilo periodístico del *National Enquirer* para ocultar otro mensaje. Aseguraban haber visto OVNIS y cultos de ultratumba; a nuevos evangelistas venusianos, y a psicólogos que sintonizaban con los muertos en televisión. Pero, al cabo de pocas semanas de estudiar esas cartas (y de un estudio se trataba, ya que le daba la sensación de ser un hombre encerrado en la más maravillosa de las bibliotecas), Jaffe empezó a comprender la historia que había oculta tras estas tonterías. Rompió las reglas o, por lo menos, lo bastante de ellas como para sentirse tentado. En vez de irritarse cuando Homer abría la puerta y le dejaba otra media docena de bolsas de cartas en el suelo, él las recibía con alegría. A más cartas, más pistas; y cuantas más pistas, más esperanzas de encontrar una solución al misterio. No se trataba de varios misterios, sino de uno, y conforme las semanas se convertían en meses y el invierno se iba suavizando, Jaffe se convencía más de que no se trataba de varios misterios, sino de *uno* solamente. Los autores de esas cartas mostraban el Velo, y cómo correrlo, encontrando su propio camino hacia delante a través de la revelación; cada uno de ellos tenía sus propios metáfora y método; pero, en algún lugar de la cacofonía, había un himno que exigía ser cantado.

No era de amor. Por lo menos no en el sentido que los sentimentales dan al amor. Ni tampoco sobre la muerte, en el sentido literal de la palabra. Era algo que —sin un orden concreto— tenía que ver con los peces, y el mar (a veces con el Mar de los Mares); y con los sueños (una gran cantidad de sueños); y con una isla que Platón había llamado Atlántida, pero a sabiendas de que, en realidad estaba en otro lugar. Se trataba en esas cartas del final del mundo, o sea, de sus comienzos. Y se trataba de Arte.

O, mejor dicho, *del Arte*.

De todas las claves, ésta era la que más rondaba por la mente de Jaffe, y la que más le hacía fruncir el entrecejo. Se hablaba del Arte de diversas formas. Como del *Remate de la Gran Obra Final*, del *fruto prohibido*. Como de *la desesperación de Da Vinci* o *estar metido en el asunto* o *la alegría del hallazgo*. Había muchas maneras de describir el Arte, pero sólo había un Arte. Y (aquí residía el misterio) no había *Artista*.

—¿Así que estás contento aquí? —le preguntó Homer un día de mayo.

Jaffe levantó la vista de su trabajo. Había cartas desparrramadas a su alrededor. Su piel, que nunca había tenido un aspecto demasiado saludable estaba tan pálida y ajada como las hojas que tenía entre las manos.

—Desde luego —respondió, sin apenas mirarle—. ¿Me traes más?

Al principio, Homer no contestó.

—¿Qué me ocultas, Jaffe? —preguntó al fin.

—¿Ocultarte? Yo no oculto nada.

—Te estás guardándote material que deberías compartir con nosotros.

—No es cierto —replicó Jaffe, que había obedecido meticulosamente la primera orden de Homer de que cualquier cosa que se encontrase en las cartas muertas sería repartida.

Dinero, revistas, bisutería que se encontraba de vez en cuando; todo había pasado a manos de Homer, y repartido.

—Lo que he encontrado te lo he dado. —Y añadió—: Te lo juro.

Homer lo miró, estaba claro que desconfiaba.

—Te pasas aquí abajo todas las jodidas horas del día —dijo—, no hablas con los otros muchachos. No bebes con ellos. ¿No te gusta cómo olemos, Randolph? ¿Es eso? —No esperó contestación—. ¿Acaso eres un *ladrón*?

—No soy un ladrón —dijo Jaffe—. ¿Por qué no te cercioras por ti mismo? —Se puso en pie y levantó las manos, con sendas cartas en ellas—. Vamos, regístrate.

—No tengo ganas de sobarte —fue la respuesta de Homer—. ¿Qué crees que soy, un jodido maricón? —Homer continuó mirando fijamente a Jaffe, y, después de una pausa, añadió—: Voy a traer a alguien para que te remplace. Llevas cinco meses aquí. Ya es bastante. Voy a trasladarte.

—No quiero...

—¿Cómo?

—Quiero..., bueno, lo que quería decir es que estoy bastante contento aquí. De hecho, es el tipo de trabajo que me gusta realizar.

—Ya —dijo Homer, que se mostraba receloso—. Bien, pues estás fuera de aquí a partir del lunes.

—¿Por qué?

—¡Porque yo lo digo! Si no te gusta, te buscas otro trabajo.

—Estoy haciendo bien mi labor, ¿no es verdad?

Pero Homer le había vuelto ya la espalda.

—Huele mal aquí —dijo cuando salía—. Huele mal de verdad.

Había una palabra entre las aprendidas por Randolph en sus lecturas que nunca había oído: sincronicidad. Tuvo que echar mano de un diccionario para buscarlo y saber su sig-

nificado: quería decir que, a veces, dos sucesos coinciden. El modo de utilizar esa palabra por los que escribían las cartas solía significar que había algo misterioso, característico, milagroso incluso, en la forma de coincidir de una circunstancia con otra, como si existiera una regla que escapara a la percepción humana.

Una de estas coincidencias ocurrió el día que Homer dejó caer la bomba, una conjunción de acontecimientos que cambiarían todo. No mucho más de una hora después de irse Homer, Jaffe asió su cuchillo de hoja corta, cuyo filo comenzaba a desaparecer, con el que abrió un sobre más pesado que de costumbre. De él salió un pequeño medallón, que golpeó contra el suelo de cemento al caérsele, produciendo un dulce sonido al rodar. Jaffe lo levantó con dedos que estaban temblorosos desde su conversación con Homer. El medallón no llevaba cadena alguna, ni tenía argolla para colgarlo. En realidad no era lo bastante bonito para que adornara el cuello de una mujer como si de una joya se tratase, y, aunque a primera vista tenía forma de cruz, una inspección más detallada le reveló que no se trataba de una cruz cristiana. Los cuatro brazos eran de igual longitud, y no mayores de tres centímetros y medio. En la intersección había una figura humana, ni masculina ni femenina, los brazos extendidos como en una crucifixión, aunque no estaban clavados. A lo largo de su superficie, los cuatro brazos tenían dibujos abstractos terminados en círculo. El rostro era de una talla muy sencilla, y tenía, pensó Jaffe, la más sutil de las *sonrisas*.

Aunque no era un experto en metalurgia, aquel medallón no le pareció que fuese ni de oro ni de plata. Incluso limpiándolo dudaba mucho de que brillara. A pesar de todo, había algo en él profundamente atractivo. Al mirarlo, tenía la misma sensación que algunas mañanas, cuando despertaba de un sueño profundo del cual no conseguía recordar los detalles. Ese objeto era importante, pero Jaffe no sabía el porqué. ¿Serían tal vez por los dibujos que se

extendían a lo largo de la figura y que le recordaban una de las cartas que había leído? En aquellas veinte semanas últimas, Jaffe había revisado miles y miles de escritos, y muchos de ellos tenían pequeños dibujos, algunos obscenos, otros indescifrables. Los que habían juzgado más interesantes los había sacado a escondidas de Correos para estudiarlos por la noche. Los tenía atados en paquetes al lado de su cama. Quizá pudiera descifrar el significado del medallón si examinaba esas cartas con más minuciosidad.

Decidió salir a almorzar con los demás trabajadores, diciéndose que lo mejor sería hacer todo lo posible por no irritar a Homer aún más. Fue un error. Se sintió como un extraño entre aquellos buenos muchachos que comentaban noticias de las que él no había oído hablar desde hacía dos meses, o charlaban sobre la calidad del filete de la noche anterior, o de los polvos que habían echado o dejado de echar después del filete, o sus proyectos para el verano. Ellos también se daban cuenta de su sensación de no pertenecer al grupo, y hablaban de medio lado, cuchicheando sobre su extraño aspecto y su mirada huraña. Cuanto más le rehuían, más contento se sentía él de que se comportasen de ese modo porque *sabían*, aun los más burdos de todos, que él era diferente. Quizás incluso estuviesen un poco asustados.

No pudo volver a la una y media al Cuarto de las Cartas Perdidas. El medallón, con sus signos misteriosos, le quemaba en el bolsillo. Sentía la urgente necesidad de volver a su casa cuanto antes y empezar la investigación en su biblioteca particular de cartas. *De inmediato*. Y así lo hizo, sin ni siquiera perder el tiempo en comunicárselo a Homer.

Era un luminoso día soleado. Corrió las cortinas contra la invasión de luz, encendió la lámpara de pantalla amarilla, y allí, poseído de una fiebre icterica, empezó su estudio. Clavó en las paredes las cartas que tenían ilustraciones, y cuando ya no quedó hueco alguno por llenar, las desparramó sobre la mesa, la cama, las sillas, por el suelo. Después